

ANTONIO CASTRO LEAL

JUAREZ EN SAN LUIS POTOSI



Historia
577

CUADERNOS DE PLATA
LETRAS POTOSINAS

SAN LUIS POTOSI, S. L. P., MEXICO — 1967



JUAREZ EN SAN LUIS POTOSI

ANTONIO CASTRO LEAL

JUAREZ
EN SAN LUIS POTOSI



CUADERNOS DE PLATA
LETRAS POTOSINAS

SAN LUIS POTOSI, S. L. P., MEXICO - 1967

CENTENARIO DE LA
RESTAURACION DE
LA REPUBLICA

1867

1967

Editorial Universitaria Potosina

EN SAN LUIS POTOSI —emporio de ingenios y virtudes, de honradez y de trabajo, cuna de Ponciano Arriaga y de Manuel

José Othón, y una de las zonas del territorio mexicano de más antigua cultura y de tierras más variadas y ricas—, su capital, noble y hermosa ciudad, tiene un papel importantísimo en la trágica y esforzada historia de México, que principia con la Intervención Francesa y termina con el fusilamiento del Archiduque Maximiliano de Austria.

Después de las gloriosas luchas que culminaron en la Constitución de 1857 y las notables Leyes de Reforma, que se promulgaron entre los fragores de la guerra civil, el gobierno de Juárez se vio obligado a dictar el decreto del 17 de julio de 1861 suspendiendo el servicio de la deuda exterior. El gobierno liberal que, en el campo político había lo-

grado esos grandes triunfos doctrinales —que se adelantaban a todo lo que habían hecho entonces todos los países hispanoamericanos y muchos europeos—, en el campo económico estaba en descubierto. Las arcas de la nación estaban vacías y no se podía pagar a los acreedores extranjeros. El decreto de Juárez era la revelación palmaria de una situación a la que no era posible encontrarle otro remedio.

Pero ese decreto fue un pretexto para las naciones europeas acreedoras de México: Francia, España e Inglaterra. En Francia reinaba Napoleón III, que quiso revivir las grandes hazañas de su tío Napoleón I, el grande. El sueño de Napoleón el pequeño era extender hasta América el ámbito del imperio francés, creando en México una monarquía, con un príncipe europeo, que fuera tributaria de Francia y que pudiera detener la expansión de los Estados Unidos. España pretendía sentar en el trono de México a un príncipe de sangre española. Inglaterra —más honrada y más práctica—, se conformaba con que le pagaran lo que le debían.

Acordada la intervención colectiva, llegan a Veracruz, en diciembre de 1861 y enero de 1862, los barcos españoles, ingleses y franceses. Presentan sus reclamaciones. El gobierno de Juárez ofrece aceptar las que sean justas, y el 19 de febrero de 1862 se firma el Tratado de la Soledad, por el que las diversas tropas expedicionarias podrían desembarcar e internarse en el país para librarse de la amenaza de la fiebre amarilla, en tanto se fijaban las bases de un arreglo. Ingleses y españoles aceptaron las proposiciones de México; pero los franceses declararon abiertamente su propósito de intervenir. Se rompe entonces, el 9 de abril, la alianza de

las tres potencias. Inglaterra y España se retiran. Los franceses, sin volver al puerto de Veracruz —como lo establecía el Tratado de la Soledad, en caso de rompimiento de las negociaciones—, desembarcaron más tropas y avanzaron sobre Orizaba.

Lo que movía a Francia para intervenir, no era únicamente un deseo de expansión imperialista, aunque fuera lo principal. Había en el fondo otras causas, alguna de ellas tortuosa. El duque de Morny —cuya influencia sobre Napoleón III era considerable—, tenía participación en los bonos que formaban la base de la fabulosa reclamación Jecker. Por otra parte, los reaccionarios mexicanos —totalmente derrotados por la Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma de 1859— andaban por Europa tratando de que alguna potencia, con importante fuerza militar, estableciera en México una monarquía para librar al país de las continuas revoluciones y, principalmente, del liberalismo triunfante. De las asonadas, golpes de Estado, motines y cuartelazos —que habían llenado tantos años de la historia de México en la primera mitad del siglo XIX—, sólo puede librarnos un gobierno estable, inconvencible, es decir, una monarquía —habían pensado los conservadores—. Y esto lo habían dicho muchas veces, y lo habían escrito en folletos razonados que corrían en Europa y en México. Y, para adelantar el proyecto, se habían dado el trabajo de buscar en las cortes europeas un candidato para emperador de México. A poco encontraron a un príncipe vacante: el archiduque Maximiliano de Austria. Era un príncipe culto y soñador; pero —como decía Justo Sierra— para realizar un sueño ¿quién mejor que un soñador? Y una vez logrado el visto bueno de Napoleón III, fueron a Miramar a ofrecerle el trono de

México, en comisión solemne, que no tenía más representación que la de ellos mismos, la de sus amigos y la de algunos de sus correligionarios.

La intervención era la base indispensable para establecer el imperio. El archiduque Maximiliano había exigido que se celebrara en México un plebiscito que se pronunciara en su favor. Eso fue fácil. Se consiguieron firmas de algunos traidores ilustres y de una multitud anónima que llenaba pliegos y pliegos. Maximiliano había exigido también que el país estuviera pacificado. Y a eso precisamente habían venido las tropas francesas. Su historial era glorioso, como lo habían probado sus numerosos triunfos bajo las banderas de Napoleón I. Todavía en 1860 el ejército francés —que diez años más tarde caería bajo el empuje de Alemania— era uno de los mejores del mundo. ¿Qué obstáculos podría oponerle un país pobre y atrasado como México? Las opiniones corrientes en Francia y en casi todo el mundo eran que ese formidable ejército, después de desembarcar, haría por todo el territorio mexicano un desfile brillante e imponente, se pasearía por la capital entre vítores y aplausos y, con sólo su presencia, consumaría la conquista de nuestro territorio para que Maximiliano pudiera llegar y sentarse en el trono.

En abril de 1862 empieza el avance triunfal del ejército francés hacia el centro de la República. Pero llegan frente a Puebla, y con aquellas tropas mexicanas que despreciaban, con aquellas tropas de un país atrasado y pobre, los derrota el general Zaragoza el 5 de mayo de 1862. El orgullo y el optimismo de Francia sufrieron considerablemente. Abrieron los ojos sorprendidos y se volvieron prudentes. Pidie-

ron más tropas a Francia para emprender su marcha a la capital. A pesar de los refuerzos recibidos, las tropas mexicanas los detuvieron tres meses frente a Puebla. Pero al fin lograron acercarse a la ciudad de México.

El 31 de mayo de 1863 fue el último día en que Juárez estuvo en la capital. Sin prisa y con noble parsimonia hizo arriar la Bandera Nacional, la besó y partió en la noche. Las fuerzas francesas entraron al día siguiente. Juárez, en su avance hacia el norte, llegó a San Luis Potosí nueve días después. Desde esta ciudad contempla entonces el panorama político y militar, lo contempla con tranquilidad y clarividencia. Empieza la guerra que decidirá los destinos de México, y será larga y difícil. Desde San Luis Potosí, en junio de 1863, hace las primeras profecías, que la historia habrá de confirmar plenamente.

Cuando Juárez salió de México, Forey, el general en jefe de la expedición francesa, habló de "la fuga ignominiosa del finado gobierno". Juárez, por su parte, lanzó un importante manifiesto a la nación que contenía, además de sus profecías, gran sabiduría política y una solemne condenación.

Decía: "Reconcentrado el enemigo en un punto, como ahora, será débil en los demás; y diseminado, será débil en todas partes. La animación y la vida, la conciencia del derecho y de la fuerza, el amor a la independencia y a la democracia, el noble orgullo sublevado contra el inicuo invasor de nuestro suelo, son sentimientos difundidos en todo el pueblo mexicano".

Y agregaba: "Esa mayoría sujeta y silenciosa, en cuyo levantamiento cifraba Napoleón III el buen éxito y la justificación del mayor atentado que ha visto el siglo XIX, no pasa de ser una quimera inventada por un puñado de traidores. Se engañaron los franceses creyendo enseñorearse de la nación al rumor sólo de sus armas, y cuando pensaron dar cima a su proyecto imprudentísimo, violando las leyes del honor. Ahora se engañan miserablemente, lisonjeándose con dominar al país cuando apenas comienzan a palpar las enormes dificultades de su desatentada expedición, porque, si ellos han consumido tanto tiempo, invertido tantos recursos y sacrificado tantas vidas para lograr algunas ventajas, dejándonos el honor y la gloria en los combates numerosos de Puebla ¿qué pueden esperar cuando les opongamos por ejército a nuestro pueblo todo, y por campo de batalla nuestro dilatado país?"

¿Por ejército al pueblo todo? Esa era la fe de Juárez. Los traidores, los imperialistas, los acomodaticios, los tránsfugas y los indiferentes formaban nada más sectores, grupos, capillas, maffias, que nunca podrían más que el pueblo. ¿Por campo de batalla nuestro dilatado territorio? Esa era una realidad de que los franceses muy pronto se dieron cuenta y que nunca olvidaron. Ese era su gran problema militar, agravado por todos los problemas políticos internos que fueron para los invasores un verdadero laberinto.

En la ciudad de México Forey hacía política. El 12 de junio de 1863 lanzó un manifiesto, con una especie de programa de gobierno, que no contentó a nadie. En espera de Maximiliano nombró un triunvirato y una junta de no-

tables. Pasaban semanas y meses sin que se realizaran operaciones militares. Los oficiales franceses criticaban a Forey, y Bazaine lo hacía responsable del criminal retardo de la conquista del territorio. "Ese estado de cosas —decía— durará mientras el gobierno de Juárez esté en San Luis Potosí, con gobernadores en las capitales del interior y grandes recursos en los puertos del Pacífico y en las fronteras del Norte".

Forey fue removido y lo sustituyó Bazaine, quien dio muestras de una gran actividad militar. En una campaña de dos meses se adueñó de los puntos claves del interior, que cayeron casi sin resistencia: Querétaro, Morelia, Guanajuato, León, Aguascalientes, Guadalajara, San Luis Potosí. Después de su permanencia en esta ciudad, Juárez siguió al norte, a Saltillo y de ahí a Monterrey, en donde tuvo lugar el episodio con Vidaurri, a quien al fin logró vencer.

El 10 de abril de 1864 Maximiliano aceptó formalmente, en Miramar, el trono de México y, en compañía de Carlota, llegó a Veracruz el 28 de mayo. Entre otros trabajos a bordo de la fragata "Novara", revisó un manual de ceremonial para la corte y escribió una carta a Juárez, invitándolo a reunirse con él en la capital, a fin de discutir sus desavenencias y buscar un entendimiento amistoso que fuera aceptable a la nación. Juárez respondió. No aceptaba naturalmente la invitación, se asombraba de que Maximiliano hubiera oído a "toda esa parte dañada de la sociedad mexicana", y al terminar su carta —como sintiendo confianza en el destino que debía decidir el gran duelo político que se iniciaba— dice: "Es dado al hombre, señor, ata-

car los derechos ajenos, apoderarse de los bienes, atentar contra la vida de los que defienden su nacionalidad, hacer de sus virtudes un crimen y de los vicios propios una virtud; pero hay una cosa que está fuera del alcance de la perversidad, y es el fallo tremendo de la historia. Ella nos juzgará. Soy de usted su seguro servidor”.

La lucha estaba empeñada. Maximiliano contaba con un ejército que no era suyo, y gobernaba a una sociedad que desconocía. A pesar de su falta de energía, tenía la fuerza de sus convicciones, formadas en países más evolucionados. Creía que muchas de las conquistas ideológicas de los reformistas mexicanos significaban un progreso para la nación. Creía en la imposibilidad de revisar todos los expedientes de la expropiación de los bienes de la Iglesia. Y en estas ideas lo acompañaban muchos jefes militares franceses, a quienes repugnaba implantar en México medidas sociales retardatorias que habían sido abandonadas en Francia hacía mucho. El clero mexicano y los conservadores más recalcitrantes fueron escatimando su apoyo a Maximiliano y multiplicando sus reservas mentales. El capitán francés Loizillon, tan certero en sus juicios, decía: “Es muy fácil decretar un imperio, como lo hemos hecho nosotros; pero organizarlo es otra cosa. ¿Qué es lo que hemos organizado desde nuestra llegada?”

Las enormes dificultades de organizar al país las conocía perfectamente Juárez, quien luchó toda su vida contra las arraigadas tradiciones viciosas que eran el cuadro social de México. Los embrollos y complicaciones de la situación política con que se enfrentaba el Imperio aumentaban la tranquilidad de Juárez y su fe en el triunfo final.

En cuanto a la situación militar, ya lo sabían todos y lo repetían en sus cartas los oficiales franceses: "Somos tan pocos, diseminados en una superficie tan inmensa, que nunca logramos ocuparla toda de una vez. Corremos persiguiendo a un enemigo que escapa, que cansa a nuestros soldados con marchas y contramarchas, y que nos mata más por fatiga que por el fuego".

Finaliza 1864. Sigue el año terrible de 1865. El período presidencial de Juárez terminaba el 10. de diciembre. Después de largas consideraciones se ve obligado a prorrogar su mandato, para no dejar acéfalo al país, para evitar el triunfo de la Intervención y para que los Estados Unidos no desconocieran a Matías Romero, el representante diplomático de la República en Washington. Juárez y su merma-do gabinete, que constituyen el gobierno trahumante, se alejan de los lugares a donde se acercan las tropas francesas. Así llegan hasta Chihuahua. En cierto momento tienen que replegarse hasta el Paso del Norte, en la frontera misma de los Estados Unidos. El enemigo pretende obligarlo a que salga del país para que, al abandonar el territorio nacional, pierda legalidad su representación. El gobernador de Chihuahua, atemorizado ante el avance francés, le aconseja que cruce la frontera, y Juárez le responde: "Señor don Luis, nadie mejor que usted conoce este Estado. Señáleme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré a la cumbre y allí me moriré de sed, envuelto en la bandera de la República, pero sin salir del territorio nacional. Eso nunca".

En abril de 1865 termina la guerra civil de los Estados Unidos con el triunfo de la Unión. Muchos tuvieron espe-

ranzas de que esa nación pudiera ayudar a México. Juárez nunca se hizo ilusiones. "Con nuestra tenaz resistencia —decía— y con el tiempo aburriremos a los franceses y los obligaremos a abandonar su inicua empresa de subyugarnos, sin necesidad de auxilio extraño, y esta es la mayor gloria que deseo para mi patria". Y en el Paso del Norte agregaba: "Lo único que puede dar y que nos sirve mucho es su apoyo moral, no reconociendo a Maximiliano y manifestando su deseo de que Napoleón retire sus fuerzas. El que espere otra cosa se engaña miserablemente".

A fines de 1865 ya se puede predecir el derrumbamiento del Imperio. Napoleón III ha decidido, desde principios de 1866, retirar las tropas francesas, por etapas que principiaran ese mismo año. Ya flota en el ambiente la idea de la abdicación de Maximiliano. Bazaine —a quien la situación confusa e insoluble ha hecho tortuoso— crea dificultades al emperador. Y éste pide a Francia la remoción del mariscal. El dinero escasea. Son ya imposibles nuevos empréstitos en Francia, en donde la verdad se va conociendo día a día. Las aduanas mexicanas —que suministraban al Imperio sus únicas rentas substanciales y que están ya hipotecadas en unas tres cuartas partes— son intervenidas por el gobierno francés, para garantía de los abonados del segundo empréstito. Esto sucedía en junio de 1866. El golpe fue más terrible que el anuncio del retiro de las tropas francesas.

Maximiliano piensa en abdicar. Carlota, que se indigna porque desamparan al emperador, parte a Francia para entrevistarse con Napoleón III. Ninguna mujer ha defendido nunca la honra y los intereses de su marido con más pa-

sión y con más elocuencia. Durante horas habla con Napoleón y con la emperatriz Eugenia: durante horas argumenta con los ministros franceses de Guerra y de Finanzas. En su alegato —siempre medido— hizo llorar a Napoleón y a Eugenia, y dejó anodados y sin respuesta a los ministros. Escribió entonces a Maximiliano: “Todo es fango, desde el principio hasta el fin. . . Porque aquí cada palabra es mentira. Pero no vayas a creer que me porté como una mendiga con estas gentes. Les dije claramente lo que pensaba, y los desenmascaré, pero sin saltar nunca a la cortesía. Estoy segura de que en su vida no les ha pasado nunca nada tan desagradable”. De Napoleón III decía: “Es amable como Mefistófeles”.

Fue después a Roma para el arreglo del Concordato y a solicitar que el Papa influyera sobre Francia. El Papa contestó con evasivas y pretextos dilatorios. Volvió Carlota una vez más, se echó a sus pies y pidió que la protegiera contra los ascinos y los espías de Napoleón III. A fuerza de haber puesto en esa tremenda lucha todo su corazón y toda su inteligencia, había enloquecido. Un enviado de la casa real de Bélgica la recogió, y desde entonces vivió en un castillo cercano a Bruselas, perdidos sus recuerdos en una penumbra mental. Todavía vivía cuando la Primera Guerra Mundial, y al llegar los alemanes a Bruselas, se izó en su castillo, para defenderla, la bandera mexicana.

Mientras el Imperio caía rápidamente, aumentaba el renombre de Juárez. Había traspasado las fronteras de México. En Perú y en Chile hubo manifestaciones de solidaridad con su causa. Uruguay acuñó en su honor una medalla. El Congreso de Colombia lo declaró Benemérito de

las Américas. En México seguía siendo la encarnación del patriotismo sin tacha y un ejemplo de fe incommovible en el triunfo final de la justicia y el derecho de todo un pueblo. "Los que desfallecen —le escribía Altamirano— no tienen más que volver la vista hacia usted: eso tranquiliza y alienta". El mismo Ministro de Francia en México advirtió a su gobierno que toda esperanza de consolidar el Imperio era ilusoria, que se exigiera a Maximiliano que se entendiera con Juárez y que, si no lo hacía, se le embarcara para Europa a fin de salvarlo. Y también el general Casteinau —ayudante de Napoleón III, enviado a México para investigar la situación y dirigir la evacuación— decía que apenas había mexicano que tuviera tantas virtudes como Juárez, y declaraba que ninguna solución era factible si no se le tomaba en cuenta.

Los días pasan. Los ministros de Maximiliano discuten la abdicación de éste. La opinión se divide. Su madre le escribe que el honor de los Hapsburgos lo liga a México. Los mexicanos contrarios a la abdicación llegan hasta prometer conseguir dinero y soldados. El Imperio va perdiendo paulatinamente el territorio que dominaba antes, y en un momento no contó más que con los caminos que comunicaban a la ciudad de México con Querétaro y con Veracruz. El 10. de diciembre de 1866 Maximiliano anunció que no abdicaría hasta convocar a un Congreso que decidiera el destino de México, empeño que era ya entonces imposible. Se desmoronaba el Imperio sin que Maximiliano facilitara una solución. El 5 de febrero de 1867 salen, a tambor batiente, los últimos contingentes del ejército francés. Al mes siguiente se embarca el mariscal Bazaine. Maximiliano sale de la ciudad de México y se concentra en

Querétaro, con Márquez, Miramón, Mejía y diez mil hombres de las tres armas. Ahí esperan resistir. El general Mariano Escobedo, con sus tropas y las que se le van reuniendo, pone sitio a Querétaro.

Juárez, entre tanto, se va acercando, haciendo de regreso hacia el centro el camino que, al principiar la Intervención, había hecho hacia el norte. El 9 de febrero de 1867 llega Mariano Escobedo a San Luis Potosí y escribe a Juárez que lo espera; diez días después lo llama para activar los trabajos, y Juárez llega el día 21. El panorama del país que contempla ahora es muy distinto del que vio en junio de 1863, cuatro años antes, cuando empezó la lucha. Entonces había dicho que México opondría a los invasores todo el pueblo como ejército y todo el país como campo de batalla.

La primera parte de esa predicción seguía siendo cierta; pero la segunda había cambiado totalmente. Ahora el campo de batalla se había reducido mucho: se limitaba a la ciudad de Querétaro —donde estaban acorralados Maximiliano, Miramón y Mejía con el grueso de sus tropas— y la ciudad de México, donde Márquez trataba de salvarse. Las cartas que envía Juárez desde San Luis Potosí son lacónicas, casi telegráficas. Cuatro años de sacrificios y de prédicas tienen como corolario hechos que hablan por sí mismos. El 23 de marzo Juárez escribe: "El enemigo tendrá que sucumbir en Querétaro". El 5 de junio: "Continúan las operaciones en la ciudad de México". El 10 de junio: "Esta semana quedará terminada la causa de Maximiliano, Miramón y Mejía". El 17 de junio: "Fue denegada a Maximiliano, Miramón y Mejía la gracia del indulto. En la maña-

na del día 19 del corriente deben ser ejecutados". El 21 de junio: "Hoy se ha rendido la ciudad de México".

Terminaba la tragedia. El "fallo tremendo de la historia", a que se refería Juárez en su respuesta a la carta de Maximiliano de 1864, tenía ya todos los elementos necesarios para ser promulgado.

A la ciudad de San Luis Potosí le cabe la suerte y la honra de haber sido el escenario en que, como héroe máximo, aparece Juárez, en el primer acto de esta tragedia (1863), apelando al destino, condenando el atentado de Napoleón III —"el mayor que ha visto el siglo XIX", decía— y manifestando su inquebrantable fe en el pueblo. Después se ve obligado a abandonar este escenario para llevar, por diversos lugares de la patria, la bandera de la legalidad y la justicia.

Y es San Luis Potosí el escenario a donde vuelve de nuevo, después de cuatro años de peregrinación —como un Ulises lleno de fortaleza, clarividencia y fe— a contemplar el epílogo de la tragedia. ¿A contemplarlo nada más? No. La historia le ha concedido un papel importantísimo: el de juez. La vida de Maximiliano está en sus manos. ¿Debe terminar la tragedia con el perdón del condenado, dejándolo salir de México como hombre, ya que no pudo lograr ser monarca?

Ese gesto humanitario lo recomendaba el gran poeta Víctor Hugo, quien escribió a Juárez: "Que la nación, en el momento de aniquilar a su asesino vencido, reflexione que es hombre y lo suelte y le diga: ¡Tú eres el pueblo como

los demás, vete! Eso será, Juárez, vuestra segunda victoria". Pero Víctor Hugo escribía desde Europa, en un arranque de lirismo humanitario, sin haber asistido a los dolores y las angustias de un pueblo durante cuatro años, y sin saber que el 5 de febrero de 1867 —es decir, tres meses antes— Maximiliano había dado instrucciones a Miramón de que, si se apoderaba de Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada, José María Iglesias y el general Miguel Negrete, se lo comunicara y los juzgara y los condenara de acuerdo con la ley del 4 de noviembre de 1866, es decir, a la pena de muerte.

De muchas partes, de México, de Europa, de los Estados Unidos intercedieron pidiendo por la vida de Maximiliano. A la gestión del Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos, Juárez respondió en forma lapidaria: "El gobierno, que ha dado ya numerosas pruebas de sus principios humanitarios y de sus sentimientos generosos, debe tener presente también, según las circunstancias de los casos, lo que exigen los principios de justicia y su deber para con el pueblo mexicano". Sí, su deber con el pueblo mexicano. ¿Cuál hubiera sido la suerte de Juárez y de su gobierno si no se fusiló a Maximiliano? Algo puede adivinarse por la advertencia que, en esos días, hizo Porfirio Díaz a Juárez, de que no respondía del ejército que asediaba a la capital si se indultaba al emperador.

Pero la verdad la encontrará quien haya seguido la vida y las convicciones del héroe máximo de esta gran tragedia histórica. Era hombre bondadoso y ecuánime, formado en la práctica de la justicia, sin instintos de venganza, con un amor inmenso por su patria, con un altísimo sentido del deber y poniendo la suerte de su pueblo por encima de to-

dos los demás intereses. Al condenar a Maximiliano debe de haber tenido presentes todos los elementos de juicio, inclusive el humanitario; para decidirse debe de haber hecho un sereno y cuidadoso examen de conciencia. Si Juárez se decidió por condenar a Maximiliano, creo que debemos darle la razón a Juárez.

La apoteosis final fue la restauración de la República. ¿Cuándo hay que celebrarla? No hay duda que la fecha más indicada es el 21 de junio de este año. Porque, hace cien años, Maximiliano fue fusilado el día 19 y la ciudad de México se rindió el día 21. Desaparecido el rival que disputaba el poder a Juárez y dueño el gobierno de la capital, nada se oponía ya a la vida legal y normal de la República. La entrada triunfal de Juárez en la ciudad de México, el 15 de julio, no agrega ningún elemento legal nuevo que no existiera el 21 de junio de 1867, día en que, por suerte y para honra nuestra, la sede del gobierno de Juárez, que era el gobierno de la República, se encontraba en la noble ciudad de San Luis Potosí.

Separata al número 164 de la Revista de Cultura *Letras Potosinas*, que dirige Luis Chessal, con que continúa la colección de Cuadernos de Plata. Se imprimió bajo los auspicios de la propia revista y patrocinadores de su XXV Aniversario, en los Talleres Gráficos de la Editorial Universitaria Potosina, San Luis Potosí, S. L. P., México. Julio de 1967.

